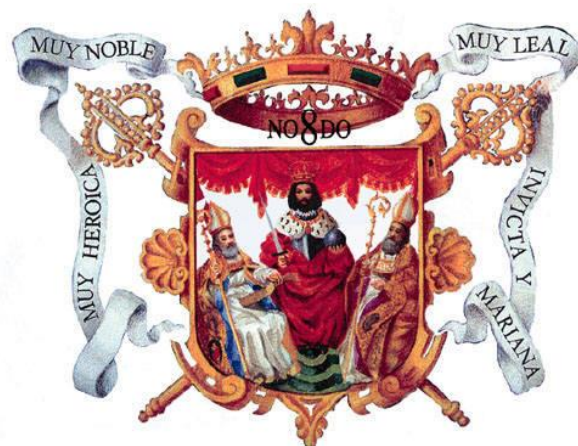




SEMANA SANTA 2014
PREGÓN UNIVERSITARIO
SEVILLA

Juan Carvajo Lucena



INTRODUCCIÓN

Era el mes de octubre de 1978. Faltaban 12 años para que mis ojos vieran la luz de la vida y muchos más para que mi mente se abriera a empezar a entender las cosas que iban ocurriendo a mi alrededor. Pero ese día del otoño de 1978, un hombre bueno dijo al mundo unas palabras que han resonado en mis oídos una y otra vez, me han ayudado constantemente en mi oración, me han servido para aceptar mis responsabilidades y han sido palanca de impulso cuando alguna decisión me ha supuesto renunciar a lo fácil en favor de algo más complejo.

Mi Hermandad, en cabildo de oficiales, dio muestras de inmensa confianza y generosidad hacia mí al encargarme pregonar, este año, la Semana Santa de Sevilla en su Universidad.

Acepté situarme tras el atril en este Paraninfo de la Universidad de Sevilla, impresionante templo en palabras de mi antecesor, y esa decisión no me resultó fácil. Me han precedido 40 pregoneros que derrochando amor por Cristo y por esta bendita ciudad han convertido este acto en una auténtica protesta de Fe adornada de una calidad literaria y poética a un nivel difícilmente alcanzable. Yo no he sido ni soy escritor y no he sido ni soy poeta. Conozco mis carencias y, por eso, siento la gran responsabilidad que supone estar hoy aquí. Dudé el día de mi designación. Francamente puedo decir que sentí auténtico “miedo”. Pero, en el silencio de la capilla universitaria en penumbra, bajo la dulzura del Señor de la Buena Muerte, conociendo mis muchas limitaciones, volví a escuchar, una vez más, las palabras que dijo ese hombre bueno:

***“¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a
Cristo!”***

Fue el Beato Papa Juan Pablo II en la homilía de inicio de su pontificado en octubre de 1978 quien dijo estas palabras al mundo. A los pies de la Giralda, el bronce de Miñarro ha unido ya permanentemente a Juan Pablo II y Sevilla y esas palabras las vuelvo a oír ahora dirigidas a mí. Una ciudad buena unida para siempre a un hombre bueno y los dos, hombre y ciudad, animándome a continuar. Así que sólo puedo decir que

se tomó la decisión.

El momento ya ha llegado.

El miedo ya se ha pasado.

Y comienzo mi oración.

¿Miedo a qué...miedo a mi Fe?

¿Miedo a decir que te quiero
cuando es verdad que te quiero?

¿Miedo a qué...miedo a tu amor?

¿Miedo a decir que me quieres
cuando sé que Tú me quieres?

¿Miedo sabiéndome hijo,
porque así me lo concedes,

de esa Reina sevillana
que es la Virgen de los Reyes?

¿Miedo a subirme a tu barca?

¿Miedo a remar mar adentro?

¿Miedo a conducir mi vida

hasta el más seguro puerto

cuando el timón lo maneja

el mejor de los Maestros?

¿Miedo a abrir de par en par

las puertas a tu mensaje?

¿Miedo a escuchar tu palabra?

¿Miedo a dejar que me salves?

¿Qué miedo puedo tener

de tu cátedra brillante

si de Ti quiero aprender

y yo soy un estudiante?

Has llamado a mi puerta, Jesucristo
al dejar que yo fuera pregonero,
De tu amor me he sentido prisionero
y a publicar tu amor no me resisto.

Porque Tú, por nosotros, te entregaste.
Porque el miedo contigo yo he perdido
al ver la valentía con que has vivido,
viendo el amor que Tú nos demostraste.

Por eso yo me atrevo sin demora,
tan cerca como estoy de tu Capilla,
a pregonar tu entrega salvadora

a una reunión que es una maravilla:
El Paraninfo que me escucha ahora
Es la Universidad y... ¡es mi Sevilla!

SALUTACION Y AGRADECIMIENTOS

- Ilustrísima Señora Vicerrectora de Relaciones Institucionales de la Universidad de Sevilla.
- Señor Hermano Mayor de la Hermandad de los Estudiantes.
- Reverendo Padre Director Espiritual de la Hermandad de los Estudiantes y Director del Servicio de Asistencia Religiosa de la Universidad de Sevilla.
- Teniente de Hermano de Mayor de la Hermandad de los estudiantes.
- Ilustrísimo Señor Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla.
- Señor Teniente de Alcalde de Economía, Empleo, Fiestas Mayores y Turismo del Excelentísimo Ayuntamiento de la Ciudad de Sevilla.
- Señor Pregonero de la Semana Santa de Sevilla.
- Miembros de la Comunidad Universitaria.
- Profesores de mi Colegio San José de los Padres Blancos.
- Representaciones de las Hermandades de Sevilla.
- Universitarios.
- Señoras y Señores.
- Amigos cofrades de Sevilla.

EL AMOR. SANTA MARTA. MAMÁ

No puedo empezar mis palabras de otra manera. No puedo ni quiero que transcurra ni un segundo más. Me estoy dirigiendo fundamentalmente a estudiantes universitarios y es el momento de recordar a una universitaria que cursó sus estudios en la Facultad de Medicina de Sevilla, allá por los años setenta, y que luego, cuando la enfermedad no le permitió continuar trabajando en su Hospital, inició, con entusiasmo e ilusión, el Grado de Historia del Arte en esta misma Universidad, en este mismo edificio, a muy pocos metros de aquí, disfrutando de esos estudios, os lo puedo asegurar, como pocas veces he visto yo disfrutar a nadie estudiando.

Universitaria y cofrade.

Juró las Reglas de su Hermandad de los Estudiantes en la misma ceremonia de su boda en la Capilla de la Universidad, el 12 de octubre de 1982, y allí recibió esa medalla que tantas veces rozó su pecho.

Profesional y madre.

Médico vocacional y vocacional madre de una numerosa familia a la que siempre dirigió con amoroso criterio de buen capataz. Con dulzura, pero con mando.

Hace ya casi tres años que el Señor la llamó a su presencia.

Creo firmemente que hace ya casi tres años que mi madre está en el Cielo.

Ella me enseñó – nos enseñó, junto con mi padre, a mis hermanos y a mí - entre otras muchas cosas, a vivir el cristianismo y a vivir la Semana Santa de Sevilla. Digo a vivir, sí. No a ver, ¡a vivir! Como nos enseñó a vivir la Cuaresma, y el Adviento y la Navidad. Me enseñó, nos enseñó, que a Dios no se le ve: a Dios se le vive. Se le vive en cosas tan simples como puede ser montar con esmero el Belén el día de la Inmaculada, en cosas tan simples como agradecer a Dios la comida diaria. Nos acostumbró a bendecir la mesa estuviéramos donde estuviéramos. Cuantas veces, comiendo en algún bar o restaurante, en público, bendecíamos la mesa. Sin vergüenza alguna, en alto: *“Bendice Señor los alimentos que de tu bondad vamos a tomar, bendice a los que nos lo han preparado y haz que nadie carezca del pan”* ¿Os creeréis que en más de una ocasión he visto la cara de sorpresa del camarero, que oía como mi madre pedía a Dios que lo bendijera? No me extrañaría que en alguna ocasión, algún camarero entrara en la cocina y le dijera al cocinero. “¡Oye, que ahí fuera hay una familia que le está pidiendo a Dios que te bendiga!”. No me extrañaría.

Nos enseñó a vivir el amor a la Virgen: *“Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A ti, celestial princesa, Virgen Sagrada María, te ofrecemos en este día alma, vida y corazón. Míranos con compasión. No nos dejes Madre mía”* rezado todas y cada una de las mañanas de nuestra vida al salir de casa.

Y nos enseñó su personal modificación de la Salve: *“...a Ti suspiramos gimiendo llorando Y RIENDO en este valle de lágrimas y de ALEGRÍA...”*

En el salón de mi casa, en unas estanterías, aún están dos letras grandes de madera blanca que mi madre colocó allí hace ya muchos años. Son la “G” y la “E”. A veces, alguien ha preguntado si se correspondían con apellidos, NO, no son iniciales de apellidos; con lugares, NO, nada tienen que ver con ningún lugar. Significan y son los dos pilares sobre los que mi madre, mis padres, han levantado su vida: la “G” de GENEROSIDAD y la “E” de ESPERANZA.

A vivir la Semana Santa. A entender la catequesis de cada imagen, de cada olor, de cada sonido. A vivir la Semana Santa.

Me enseñó desde muy niño a sentir el júbilo de la entrada en la hispalense Jerusalén a lomos de una humilde y graciosa **Borriquita** de ese Jesús de mirada dulce, rodeado de nazarenitos blancos, y me hizo comprender que a veces hay que convertirse en Zaqueo y, con esperanza, esforzarse para verlo.

Me enseñó la generosidad que brota de las entrañas del pelícano amoroso, alimento de vida, a los pies del madero del que todo es **Amor**.

Aprendí a oír el silencio en la calle Francos al paso de **Santa Marta**, uno de sus rincones favoritos. Ante ese Misterio del Traslado al Sagrado Sepulcro de la Capilla de San Andrés, pongo y escucho ahora de boca de mi madre las palabras que San Agustín le presta:

“La muerte no es nada, sólo he pasado a la habitación de al lado.

Yo soy yo, vosotros sois vosotros.

Lo que somos los unos para los otros, seguimos siéndolo.

Dadme el nombre que siempre me habéis dado. Hablad de mí como siempre lo habéis hecho. No uséis un tono diferente.

No toméis un tono solemne y triste

Seguid riendo de lo que nos hacía reír juntos. Rezad, sonreíd, pensad en mí.

Que mi nombre sea pronunciado como siempre lo ha sido, sin énfasis de ninguna clase, sin señal de sombra.

La vida es lo que siempre ha sido. El hilo no se ha cortado.

¿Por qué estaría yo fuera de vuestra mente? ¿Simplemente porque estoy fuera de vuestra vista?

Os espero; no estoy lejos, sólo al otro lado del camino.

¿Veis? Todo está bien.

No lloréis si me amabais. ¡Si conocierais el don de Dios y lo que es el Cielo! ¡Si pudierais oír el cántico de los Ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si pudierais ver con vuestros ojos los horizontes, los campos eternos y los nuevos senderos que atravieso! ¡Si por un instante pudierais contemplar como yo la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen!

Creedme: cuando la muerte venga a romper vuestras ligaduras como ha roto las que a mí me encadenaban y cuando vuestra alma venga a este Cielo en el que os ha precedido la mía, ese día volveréis a ver a aquella que os amaba y que siempre os ama, y encontraréis su corazón con todas sus ternuras purificadas.

Volveréis a verme, pero transfigurada y feliz, no ya esperando la muerte, sino avanzando con vosotros por los senderos nuevos de la Luz y de la Vida, bebiendo con embriaguez, a los pies de Dios, un néctar del cual nadie se saciará jamás”

Te siento, mamá, junto a mí y reconozco tu voz

He escuchado una vez más
tus palabras amorosas
y en ellas veo tu carita
y huelo tu olor de rosas

Sé, porque tú me lo has dicho,
que estás feliz en el Cielo,
pero yo que me hago niño
cuando a solas te recuerdo,
y como siempre me has dicho
que sería algo muy nuestro
que yo te contara todo
que entre los dos no hay secretos,
aprovecho estar detrás
de este atril de pregonero
y me sincero contigo

para cumplir nuestro acuerdo.

Recuerdo tus manos tiernas
cuando sólo era un chiquillo
colocándome el roquete,
vistiendo a este monaguillo
que preguntaba nervioso
¿voy con Virgen o con Cristo?
*“¿No ves tu esclavina negra?
Irás con Cristo, Juanillo,
y no dejes de rezarle
que ese Cristo es Jesusito
ese niño como tú
que a la cama va contigo”.*

Recuerdo tus ojos tiernos,
que con amor me miraban.
Recuerdo tus tiernas manos
y como me acariciaban.
Recuerdo tus dulces labios
que sonreían y besaban.

Te recuerdo como eras
pero ahora te echo en falta.

Echo en falta tus caricias,
echo de menos tus besos,
echo en falta tu sonrisa
y acurrucarme en tu pecho.

Me falta tu compañía
y me faltan tus consejos.
No te oigo: *¡estudia Juan!*
con ese tono tan serio
con esa cara tan seria
que suavizaban tus besos
y que hacían comprender
el porqué de tus desvelos.

Hoy te extraño especialmente,
tu presencia hoy anhelo,
pero me alegra saber
que estás feliz en el Cielo

ayudando desde allí
a tu hijo pregonero.

Y ahora os lo pido a vosotros.

Creedme, pues soy sincero.

Guardad silencio, Estudiantes,
cuando termine estos versos.

Cuando acabe estas palabras

en recuerdo de mi madre

querría oír el silencio

que se oye en estos lugares,

con los cirios encendidos

ya puestos los antifaces,

las cruces sobre los hombros,

dispuestos los estandartes,

elevados los guiones,

ardiendo ya los ciriales,

en tensión los costaleros,

y atentos los capataces.

Silencio que es oración

que llevamos a la calle

cuando en este Rectorado
esa gran puerta se abre.

Ese silencio sagrado
que se oye en estos lugares
estando ya preparados
antes de salir el martes

Silencio de Martes Santo,
silencio de ruan negro.
Silencio de Santa Marta
en la calle Chapineros.

Ese silencio me ayuda
a ver lo que yo más quiero.
En silencio veo a mi madre
en la plenitud del Cielo:
que no necesita altares
que dispongan de algún hueco
porque esa santa ya ocupa
una hornacina en mi pecho.

Silencio de Santa Marta,
silencio de su recuerdo.
Silencio de Martes Santo.
Silencio,... silencio,... silencio

ALEGRÍA Y LLANTO

Pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador

Sevilla lo tiene claro. Eso es lo que anunciamos y proclamamos en la Semana Santa.

Son tres realidades, inseparables, pero tres realidades. Asistimos en estos días que se avecinan a las tres: a la Pasión, a la Muerte y a la Resurrección. Y las tres realidades tienen que sorprendernos año tras año. Y las tres tienen que hacernos meditar.

No se trata de cambiar la forma de ser de un pueblo. Eso no es posible. No se le puede pedir a Sevilla que se vuelva triste porque Sevilla no sabe estar triste. Ni tiene por qué estarlo.

Vemos en nuestras calles una cantidad ingente de forasteros, visitantes, a los que el hospitalario sevillano ha de explicar el porqué de la diferente forma de vivir la Semana Santa en Sevilla respecto de la “seriedad” de la Semana Santa de otros lugares.

Nosotros vivimos las tres realidades, y la última, la Resurrección cierta es la que mitiga la tristeza de la Pasión y Muerte. Si lo meditamos, esa alegría de Sevilla no deja de ser una alegría de Fe.

Tristeza: No. La tristeza no es ni sevillana...ni cristiana.

Pero la Teología de Sevilla nos lleva a sorprendernos –nos invita a que nos sorprendamos- y pone ante nuestros ojos, ante nuestros oídos, ante nuestro corazón y ante nuestra alma la orden de Jesús a sus discípulos, a todos nosotros, en **La Cena** sobre el ébano

tallado que comparte por las calles de Sevilla desde la Iglesia de Los Terceros: “Esto que vais a celebrar durante esta Semana, no lo olvidéis, *hacedlo en memoria mía*”

Y para que no nos olvidemos, Sevilla hace realidad el memorial de su Pasión y nos recuerda el amargo sudor de la **Oración en el Huerto** en Montesión, el **Prendimiento en el Monte de los Olivos** de la calle Orfila, la humillante **Bofetá** ante Anás en San Lorenzo, el inicio de su Pasión al declarar ante Caifás su condición de Hijo de Dios, allá por San Gonzalo. Sevilla nos hace escuchar la injusta y arbitraria **Sentencia** dictada por un hombre que sólo sabe lavarse las manos y mirar para otro lado, aceptando liberar a Barrabás, asesino, y a condenar a un Justo, por no ser capaz de enfrentarse a la verdad. Vemos el Cristo tallado por Buiza atado a la columna y azotado hasta descarnarlo en la Huerta de Los Remedios, donde hasta hace poco trabajaban los que continuaron la labor de esta antigua Fábrica de Tabacos que nos acoge. Nos asombramos de cómo, a pesar de disponer de las tres potencias de Sacerdote, Profeta y Rey, ese Jesús generoso, abraza con amor la Cruz que se transforma de ruda madera en portentosa joya de carey en Triana, en la Iglesia de la **O**, mostrándonos la forma de cambiar amorosamente la pesada carga en liviana compañía.

Nos hace sentir el crujir de sus rodillas bajo el insoportable peso del madero cuando cae, cae y cae en **San Isidoro** y en la calle Pureza siendo como es el Rey y Señor de **Triana**.

Sentimos como el dolor lo retuerce en el Patrocinio en el momento de su expiración. **Cachorro** que la saeta describe como “*retrato del Dios de verdad*”.

Todo eso, Sevilla lo ve, lo escucha, lo siente y nos lo presenta ante nuestros cinco sentidos, para que lo vivamos... en memoria suya

¿Tristeza? No. La tristeza no es sevillana ni cristiana

Sabemos el final, pero la Pasión no nos deja de sorprender. Sevilla lo interpreta de una forma peculiar, sí, pero no deja de sorprenderse. Y ese sevillano que le explica al forastero el porqué de la alegría de Sevilla en Semana Santa lo único que pretende es resumir todas esas profundas sensaciones intentando, cómo hace casi siempre, simplificar las cosas.

El sevillano resume a *la “Muy Antigua, Siempre Ilustre, Venerable, Pontificia, Real, Fervorosa, Humilde y Seráfica Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Santísima Veracruz, Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Tristezas de María Santísima”*, diciendo simplemente: la **Veracruz**. Pero, aunque la resuma y simplifique, sabe y entiende claramente que esa es la Verdadera Cruz en la que muere Aquel que todo lo entregó para salvarlo.

Que resumir no significa no sentir.

Si queréis ver la alegría real, la verdadera alegría, esa la siente Sevilla uniéndose a **Nuestra Señora de la Aurora**, la Virgen sin lágrimas, que acompaña al Glorioso **Resucitado**, fin último que da sentido a toda su Semana Santa

Distingue bien forastero

alegría de emoción.

No te lleve a confusión
que aquí no haya lagrimeo.

Sevilla llora cantando
la Pasión del Nazareno
arrancando una saeta
para romper su silencio.
Que la saeta es un canto
pero es un llanto sincero
que hace cantar al que llora
la pena de ese madero
y hace llorar al que escucha
el canto del buen saetero.

Es llanto nuestra alegría,
y es alegría nuestro llanto
porque estamos esperando
-que la esperanza es la guía-
a verlo resucitado
allá por Santa Marina.

Porque lo vimos rezar
abandonado en el huerto,
y lo hemos visto sufrir
por tantos pecados nuestros.

También lo vimos llevar
unas Penas que son carga,
y lo hemos visto pasar
esa madrugada larga.

Después de verlo subir
hacia ese monte desierto,
después de verlo morir,
después de verlo ya muerto,

Sevilla empieza a reír
porque siente muy adentro
que después de su Pasión
y de su descendimiento
llega la resurrección
que destruirá los infiernos
que cierran el corazón.

No lo dudes visitante.
Así fue lo que pasó
El sevillano lo sabe:
al fin vencerá el amor
que pende de ese madero...
y está clara la razón.

¿Aún no lo ves forastero?
Fíjate bien, por favor:
Sube tus ojos al cielo.
Conviértete en Centurión.
¿Ves ese crucificado?
¡Ese es el hijo de Dios!

Esta es la verdad de nuestra Semana Santa, querido forastero que nos visitas y preguntas. Pero no creas que porque a lo mejor no compartas la forma de ver estas cosas, tú estás de más en Sevilla. Sevilla está dispuesta a compartir contigo sus más profundas creencias. A Sevilla nada ni nadie le estorba: todo lo asume. Por eso, cuando en Semana Santa estés en sus calles, no te quedes en la superficie. Adéntrate en sus misterios.

Haz fotos. Disfrutarás cuando estés en tu casa recordándolo. Pero mira más allá del visor de tu cámara. No sólo estás viendo unas imágenes. Estás viendo el sentir de un pueblo que tiene Fe, que ama a Jesucristo y que adora a su Santísima Madre.

Oye la música. Observa la diferencia entre los sonidos que acompañan a los pasos de Cristo y de Misterio y los que siguen a los Palios. Fíjate en la ruda potencia de las marchas de cornetas y tambores que llaman al duro corazón del hombre para que se abra ante lo que ven sus ojos encima de la canastilla, y escucha ahora la dulce melodía de las marchas de palio que se dirigen directamente al limpio corazón de la Virgen para aliviarla en su dolor. Mira como aquí, gracias al talento del maestro Abel Moreno, un marocho que se impregnó absolutamente de Sevilla, es posible convertir el laico himno universitario del Gaudeamus Igitur en la más espiritual y armoniosa marcha dedicada a la Virgen María.

Verás que el amor de Sevilla trastoca los papeles de la Historia. En Jerusalén, las tropas romanas herían, humillaban, despreciaban a Cristo. El Capitán de los “armaos”, con espada y plumas de avestruz, al inicio de la madrugada, viene a San Lorenzo desde su barrio, golpea tres veces el portalón de la Basílica y grita: “¡abrid las puertas del Cielo para rendirme a los pies de este Jesús Nazareno!”. La **Centuria Macarena**, la Centuria Sevillana, no agrede a Jesús. Lo escolta, lo venera, lo acompaña, lo protege, lo ensalza, lo mima,... ¡lo ama!

¿Ves? Así es Sevilla

Sorpréndete, vive tú también todo esto y hazlo también en memoria suya.

No me digas que todas las Vírgenes son iguales. ¿No ves que cada una de ellas refleja un dolor distinto? ¿No te has dado cuenta que a cada una de ellas Sevilla la adorna de una forma diferente? Vino hace muchos años un sacerdote mejicano, escritor y poeta, que, en muy poco tiempo también se ungió de Sevilla y supo ver que no son iguales todas las Vírgenes sevillanas. Advirtió que si no te das cuenta de las diferencias es porque no las has mirado a la cara: *“hablan y lloran y miran y ríen y se visten y andan bajo el palio de distinto modo. En Sevilla no hay dos Vírgenes iguales, como no hay dos mujeres iguales ni dos claveles reventones que estallen de la misma manera”*. Por eso, amigo forastero, míralas a la cara y luego apreciarás sus benditas diferencias.

El sevillano las conoce.

Mira pues y sorpréndete con la Pasión según Sevilla.

Y mira y sorpréndete con la Sevilla que ama a Cristo y a su Madre con pasión.

Tienes que saber que Sevilla es una ciudad que no responde a los tópicos que circulan y circulan por ahí sin tener nada que ver con su realidad.

Sevilla es una ciudad Noble. Así lo expresa el título que le otorgó el Santo Rey Fernando.

Sevilla es una ciudad Leal, fiel, que te acoge y que, si tú la quieres, nunca te va a abandonar. El sabio Rey Alfonso sintió como tú esa lealtad y le regaló para siempre el NO-madeja-DO.

Sevilla es una ciudad valiente, Heroica, que en la antigüedad luchó por defender el dogma de la Inmaculada Concepción de la

Virgen y que ahora sigue dispuesta a luchar contra la malicia y la podredumbre de los que se empeñan en decirte que *“probablemente Dios no existe”*.

Sevilla, no lo dudes, no ha sido ni será vencida. La Plaza del Triunfo te lo está recordando

Y Sevilla AMA a la Santísima Virgen con absoluta devoción.

Por eso, amigo, hermano visitante, cuando te impregnes de estos sentimientos y seas capaz de ver más allá del bonito encuadre de tu cámara de fotos, pasarás a ser uno más entre nosotros.

Y volverás.

Y entonces, cuando veas el escudo de nuestra ciudad, entenderás sus gloriosos títulos concedidos y adoptados.

Si nobleza quieres ver
nobleza aquí encontrarás.

El Rey Santo cuando entró
vio la belleza asomar,
vio lo ilustre de su gente
y su generosidad,
y Fernando no dudó:
“MUY NOBLE te llamarán”

El Sabio Alfonso le dio
una madeja lanar
que en medio del no y el do
indica fidelidad.

Y Juan Segundo añadió
a la nobleza, lealtad,
y tampoco lo dudó:
“También serás MUY LEAL”

Pasó el tiempo y se probó
su gran heroicidad
Fernando Séptimo habló
“MUY HEROICA tú serás”

Y fue la Reina Isabel
la que pudo comprobar
que nadie la había vencido
y que INVICTA seguirá
Es heroica y es invicta,
tiene nobleza y lealtad,

y todas esas virtudes
ha sabido demostrar
a los reyes que han venido
y a los reyes que vendrán

Pero ¿Quién la hizo Mariana?

¿Qué Rey le pudo otorgar
el título que en su escudo
junto a San Leandro está?.

Eso no lo otorga un Rey.

Ningún Rey se lo otorgó.

Eso lo pidió Sevilla
viendo que en su corazón
quien reinaba era una Reina
que es la Madre del Señor
y que con Ella quería
perpetuar esa unión.

Una filiación perenne,
una eterna devoción,
un amor que se acrecienta

hasta volverse pasión.

Así se debe nombrar.

y así se nombra a esta villa:

Es Muy Noble, Muy Leal

Es Muy Heroica e Invicta

y cada día que pasa

¡es más Mariana Sevilla!

TEOLOGIA Y LITURGIA SEVILLANA

Lo dijo el profeta Zacarías: *“¡Grita de alegría, hija de Jerusalén! Mira, tu rey viene hacia ti, justo, salvador y humilde. Viene montado en un pollino...”* y ya está por la calle Cuna.

Y Sevilla grita de alegría.

Por eso el Domingo de Ramos es día de estreno de ropa, de zapatos, de las mejores galas que hemos preparado para la primavera. La ocasión, sin duda, lo merece. Sevilla, la sabia y la elegante, se viste también de todos sus mejores vestidos. Ella misma revienta como la flor del clavel. Mira en su armario y abre de par en par sus geranios, sus nardos y sus jazmines, sus rosas y sus caprichos. Se viste del verde claro de las hojas nuevas, brilla con el brillante verde de los acantos de la Alcazaba y de los Jardines de Murillo. Se adorna con las campanarias calas del Parque de María Luisa. Se maquilla con el azul de las jacarandas de la Lonja, y luce los blancos “copos nevados” de los inmensos magnolios cantados por Cernuda.

Recoge su propio aroma de esos frondosos frascos que tiene guardados en tantas calles durante todo el año y se perfuma, ahora, precisamente ahora, con el olor fresco de su flor de azahar.

Ya arreglada, guapa, a la pregunta de ¿Quién es éste?, Sevilla responde: “Es Jesús, el hijo de David” “Hosanna” ¡Sálvanos!

Y ese Cristo, Rey de reyes, sonrío a Sevilla desde su humilde cabalgadura. Él, que sabe que será **Despojada** de toda su gloria en Molviedro; Él, que conoce su próxima **Amargura** en el desprecio de

Herodes; Él, que conoce que soportará el peso de la Cruz en San Sebastián y Él, que morirá entregando todo su **Amor**. Ese Cristo se dirige con serenidad, con paz, y con majestuosidad, con la confianza puesta plenamente en el Padre que le dará la **Victoria**. El Amor le mueve. El Amor al Padre y a toda la humanidad condenada por sus pecados. Él sonríe a Sevilla y camina en su **Borriquita** con la vista puesta en su objetivo: la Redención del hombre.

Por eso Sevilla, hija de Jerusalén, se viste de estrenos de primavera, se perfuma de azahar y se alegra.

Y permíteme Sevilla que este pregonero, echándole valor a la cosa del vestir y sin entender mucho del tema, te aconseje que no utilices para cubrirte esos días, el cielo gris y húmedo que has usado en los últimos años. No te queda bien. Con tu vestido de flores nuevas y tus tonos de brillantes verdes combina mucho mejor el azul intenso del cielo durante el día, el fulgor de las estrellas de noche y la luna llena clara e inmensa en la madrugada santa. No, Sevilla, el gris, triste y húmedo, no es elegante en Semana Santa. Ya tendrás ocasión de lucirlo en otras fechas.

La Virgen que acompaña por tus calles a su Hijo en esa amorosa entrega y Pasión ya te está demostrando lo afortunada que eres teniéndola también a tu lado. No le pidas con el cielo gris húmedo más valentía a la que ya es valiente.

Ella va a salir a verte.

Por eso, iluce tus galas,

y tu color más celeste!

Que bajo el azul del cielo
una Señora andará
que te mira y te acompaña.
Contigo siempre estará.
Es de **Gracia y Esperanza**,
Dolores se llamará.
Es del **Socorro**, es **Hiniesta**,
y está en el parque la **Paz**.
Ponte guapa, que es domingo,
y a verte también vendrá
una luz que es de Triana
y el puente atravesará.
Iluminará ya todo.
El amor hará brotar
de todos los corazones
a los que ella prenderá
encendiendo allí una estrella
que nadie podrá apagar.
Estrella de la mañana,
Estrella de la bondad.
Estrella que nos enseña

la valentía de verdad.
Estrella que es de Triana
y de Triana vendrá
tengas el cielo que tengas.
Ella el río cruzará.
¡Vístete de azul, chiquilla,
perfúmate de azahar!
¡Ponte ya guapa, Sevilla!
¡que es la **Estrella**...y ahí está!

LAS SIETE PALABRAS

Ya estamos aquí.

Sevilla ya está preparada para iniciar su liturgia.

Ahora las navetas completan su perfume vertiendo en el carbón, que también aquí es litúrgico, su oloroso contenido. Se impregna su atmósfera de olor a incienso. Aroma perfecto que asciende por su cielo envolviendo a las espadañas en una nube de olor que presagia la oración.

Ya estamos aquí, y Sevilla está preparada. Está acabando la Cuaresma, tiempo para reforzar la fe mediante la reflexión, la conversión, la penitencia y el perdón. Sevilla ya está preparada y ahora es momento para prepararnos también nosotros. Es hora de que mire cara a cara a ese Crucificado, y de reflexionar para que esa reflexión me lleve al compromiso “*ante Dios todopoderoso y ante vosotros hermanos*”.

Cuando en 1924 el maestro López Farfán compuso “Pasan los Campanilleros”, quiso acompañar a los nazarenos de túnicas blancas de cola con escapulario carmesí de la Parroquia de San Vicente. Ahora, cuando la **Virgen de la Cabeza** avanza al son de la alegre marcha, las bambalinas de terciopelo bailan como mariposas bajo ese palio de plata moviendo el aire para que reverberen en nuestros oídos las palabras de ese Cristo agonizante que la precede. **SIETE PALABRAS** dirigidas a todos y cada uno de nosotros. **SIETE PALABRAS** dirigidas a mí.

Y ahora, en este momento y en este espacio que une ciencia, cultura y fe, yo, siguiendo las enseñanzas de mi madre, quiero, con vosotros, no solo ver, sino vivir la Semana Santa de Sevilla. No sólo quiero verte, **Señor de Pasión**. No sólo quiero ver tu imagen perfecta salida del talento de Martínez Montañés. No sólo quiero ver tu canastilla de plata y tu túnica de suave terciopelo. Quiero vivir contigo y acompañarte en tu Pasión. Quiero mirar tu verdadera cara, tu cabeza agachada, tus ojos dirigidos a esas manos que sostienen la cruz de mis pecados. Quiero dialogar contigo. Digo dialogar, sí. Quiero escuchar tus palabras y espero poder y saber responderlas.

Quiero continuar ahora haciendo de este Pregón una oración compartida con vosotros, hermanos cofrades de Sevilla.

Tú, Señor, me hablas mucho, lo sé. Me hablas a través de los Sagrados Evangelios. Me hablas a través de la gente y de todo lo que me rodea. Me estás hablando continuamente. Y me hablas muy especialmente al verte cuando sales a mi encuentro por las calles de Sevilla. También sé que no siempre te escucho. Sé que, a veces, miro para otro lado y oigo otras voces que no son la Tuya. Pero hoy, ahora, quiero estar muy atento a tus palabras y quiero responderte.

Te escucho y me dirijo a Ti sabiendo que eres mi amigo. Como dijo el ensayista: *“un amigo es alguien que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere”*. En eso me baso. Sé que lo sabes todo de mí. Sabes de mi pereza. Sabes de mi egoísmo. Sabes de mis contradicciones. Conoces todas mis miserias y, a pesar de todo,... me quieres. No me queda la menor duda: eres mi mejor amigo.

***Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt* (Lucas, 23:34)**

Te veo subir por la Cuesta del Rosario. La Cruz irguiéndose en la implacable verticalidad que te hará sufrir un dolor inimaginable. Tú, humillado, castigado, débil frente al vigor y la fortaleza de esos dos portentosos **Caballos** que te siguen y que siguen teniendo la querencia de volver a Santa Catalina. La **Virgen de las Lágrimas** no sabe qué hacer para aliviarte. Después de esa interminable chicotá, ya en el zenit de tu subida, tus labios se entreabren y te oigo decir:

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”

Ese es tu mensaje ante el sufrimiento inmenso. ¿Dónde está tu amenaza? ¿Dónde tus reproches? No están. Oigo como le pides al Padre que, una vez más, nos perdone, me perdone. Tu generosidad no es ninguna sorpresa. Ni en el mayor de los tormentos hay un indicio de rencor. La mezquindad no cabe en tu corazón. Tu amor es gratuito. Es fidelidad y misericordia. Es perdón y humildad.

Esa es tu respuesta a la intransigencia de aquellos que siguen pidiendo tu crucifixión cuando ven en la fe cristiana una amenaza para esa falsa libertad que se proclama como fin último de la vida. Una amenaza para esa falsa libertad que se basa en la ausencia de valores morales y de virtudes. Esa es tu respuesta a los que gritan en favor de la liberación de ese nuevo Barrabás que quiere asesinar a

niños inocentes no nacidos y a ancianos y enfermos que nada pueden ya producir para esa sociedad consumista que, una vez más, pide tu crucifixión porque ven una amenaza en tu mensaje.

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”

Busco esa amenaza y me encuentro con la cara sangrienta y entregada del **Cristo de las Almas** de Los Javieres, coronada con esas punzantes espinas.

Busco esa amenaza y me encuentro con la actitud amorosa del **Señor de la Presentación** de San Benito.

¿Dónde está la amenaza del **Señor de la Salud y Buen Viaje** de San Esteban con su mansedumbre, las lágrimas en sus laceradas mejillas, sentado con la túnica y el cetro de la burla y diciéndonos *“y qué más puedo hacer por vosotros”*?

Al tiempo de escuchar de tus labios la súplica de perdón al Padre, te oigo llamarme a saber perdonar siempre. Es decir, a volver a amar. Amar de verdad, sin ningún lastre. Amar, no como fruto de la justicia de los aplausos, sino de la misericordia, la única realidad que hace posible el amor. Me pones en evidencia: aquí, ante Ti crucificado, me llamas al perdón. Tú perdonas, Dios perdona. Yo tengo que perdonar ya que a tu imagen y semejanza fui creado.

Enséñame, Señor, a perdonar. A callarme. A no quejarme.

Como lo hace la Virgen.

Nuestra Señora de los Dolores nos muestra la respuesta. La **Virgen de Gracia y Amparo** nos ayuda a responder a la intransigencia. **Nuestra Señora de la Encarnación** inclina la cabeza y baja su mirada con dulzura y **Nuestra Señora del Rosario Doloroso**, con esos ojos verdes de mujer guapa, nos mira y nos llena nuestra alma de esperanza y amor. **Guadalupe** que me mueves a la caridad. Nuestro corazón tiene que chorrear amor como chorrea la cera de esa candelaría que arde ante su cara y que se refleja en las lágrimas de amor y de tolerancia cuando por Catalina de Ribera toda ella se hace **CANDELARIA**

Cristo no es amenaza. Cristo es **SILENCIO** en la Real Iglesia de San Antonio Abad., es **HUMILDAD Y PACIENCIA** en la calle Sol, Cristo es **SALUD** en San Nicolás y en San Bernardo, y Cristo es entrega absoluta de amor de Amigo en su **BUENA MUERTE** en San Julián y aquí cerca, muy cerquita.

Tu Buena Muerte, Señor,

nos reconforta

y nos hace sentirte a nuestro lado.

No tememos, Señor, a las mentiras

viendo fluir tu sangre del costado.

No nos da miedo, Señor,

el adorarte.

Tu Muerte nos libera de los yugos,

y queremos seguir siendo coherentes

perdonando también a tus verdugos.

Porque tu vida, Señor,

nos ilusiona.

tu Buena Muerte nos da la fortaleza

y llena nuestras almas de alegría

frente a un mundo sumido en la tristeza.

Y tu Angustia, Virgen Santa

nos anima

a seguir a tu Hijo en el camino.

Nos anima, Señora, tu presencia

que acompaña a tus hijos peregrinos.

Nos pondremos en la calle

todos juntos

y a todos juntos Sevilla nos verá.

Pasaremos bajo el Arco del Postigo

nazarenos estudiantes con ruán.

Enseñadnos el perdón.

No nos dejéis ni un instante

guardar en el corazón

ni reproches ni desplantes.

Regaladnos vuestra ayuda

Haced que seamos constantes.

¡Madre Nuestra de la Angustia!

¡Cristo de los Estudiantes!

Amen dico tibi hodie mecum eris in paradiso (Lucas, 23:43)

El Viernes Santo, al salir de la **Capilla de Monserrat**, gracias a la fina gubia de Juan de Mesa y bajo la tenue luz vibrante de los candelabros de guardabrisas, en el momento cumbre del perdón desde el árbol de tu Cruz, oigo tu promesa de vida eterna a Dimas:

“Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”

Después de haberle pedido al Padre que nos perdone, Tú nos prometes acompañarnos al Paraíso. Al Paraíso de tu mano, de la mano del mejor Amigo. Tu compasión actúa a nuestro favor. La escena del buen Dimas en el ensanche de la Magdalena, ensancha también nuestro corazón. Es una invitación a la confianza en Ti y la prueba de la salvación. Sólo pides nuestro arrepentimiento y tu respuesta es inmediata y eficaz. No te lo piensas dos veces antes de otorgarnos tu misericordia. Tu amor es como un resorte inmediato. Eres siempre fiel aunque nosotros te seamos infieles.

Dimas, el buen ladrón, también nos da una gran lección con **María Santísima de la Luz** en el Real de la **Carretería**. Ese hombre de mala fama, ajusticiado con causa, se convierte también en maestro al reconocerte y querer borrar un pasado de pecado.

Tu promesa es el Paraíso, una palabra sugerente, sagrada y significativa para los israelitas, que yo sé que se trata del Cielo. Y

¿qué me pides para cumplir tu promesa? Sólo que te pida perdón. Y en tu infinita generosidad, ya resucitado, me regalas el bendito Sacramento del Perdón. ¡Qué suerte tener un Sacramento que ofrece mi reconciliación contigo a través del ministerio de la Iglesia! Sí, Tú enviaste el Espíritu Santo a tus Apóstoles para que ellos y sus sucesores perdonaran mis muchos pecados en nombre de Dios, nuestro Padre.

Dame, Santísimo Cristo, conciencia de pecador. Sé que estoy inclinado al pecado, pero al mismo tiempo sé que, cuando Dios perdona, mi vida tiene que continuar adelante. No hay que mirar atrás. Se trata de compensar mi pecado a base de hacer el bien desde el momento del perdón. Tu amor, en el mismo momento que se recibe es exigente. Tu perdón es siempre llamada a un cambio de vida. Por eso tus palabras a Dimas en Monserrat, **Cristo de la Conversión**, son también una llamada a convertirme.

Mulier ecce filius tuus...ecce mater tua (Juan, 19:26-27)

En la cruz, después de pedir el perdón para tus verdugos y de salvar al compañero de suplicio, te diriges, ahora, a los tuyos. A tu Madre y a Juan, tu amigo del alma:

“Mujer aquí tienes a tu hijo...aquí tienes a tu madre”.

Juan, amigo fiel, se queda junto a tu Santísima Madre. La acompaña en su blanca **Amargura** en San Juan de la Palma, le intenta mitigar su **Mayor Dolor** por la calle Castelar, la llama por su **Dulce Nombre** en San Lorenzo y la lleva a la Campana, en respetuoso silencio, desde la Colegial de El Salvador, como **Virgen de la Merced**.

Cuando les hablabas a ellos, en ellos hablabas a todo tu Pueblo, a tu Iglesia toda. Haces a tu madre **Refugio** y la conviertes en **Consolación Madre de la Iglesia**.

Ahora también me estás hablando a mí.

Me haces hijo suyo. Me regalas a tu Madre y con ella me devuelves la esperanza de mi salvación.

La luna se ha retirado.

Se acaba la madrugada

cuando te cantan alegres

en la puerta de Sor Ángela
sin saber qué da más luz
si el joven sol o tu cara.

Quiero tenerte a mi lado
quiero contigo quedarme.
¡Que me quiero ir contigo!
¡que yo quiero acompañarte!

Quiero mirarte a los ojos
antes de tu recogida
para decirte ¡te quiero!.

Para decirte, María,
que quiero que me acompañes
durante toda mi vida.

Pero al mirarte a los ojos
cuando ya despunta el día
iluminando tu rostro,
al ver tu cara de niña,
déjame que te pregunte,
contéstame Madre mía:

¿Quién talló tu cara prodigiosa?
¿Qué gubia trabajó lenta, sin prisa?
¿Quién hizo esa cara tan hermosa
que desde el llanto expresa la sonrisa?

Y ¿quién talló tus manos, Virgen mía?
¿Quién las hizo tan dulces y amorosas
que abrazan a las almas dolorosas
y les infunden esperanza y alegría?
Fue Sevilla quien hizo tu hermosura.
Fue Sevilla quien esculpió tu imagen.
Es Sevilla la que te mira con dulzura,
y es Sevilla la que pide que te llamen
entre todas las mujeres, la más pura.

Eres Reina de las reinas,
eres la Madre de Dios,
eres la Paz de los hombres,
eres Madre del Amor.

Tu fajín de capitana
con esas cinco esmeraldas,

contrastan con esas lágrimas
que resbalan por tu cara.
Lágrimas que son rubíes,
lágrimas que son de luz,
lágrimas que representan
la bondad y la virtud.
No son lágrimas de pena,
la risa ya pronto alcanza.
Son lágrimas de esperanza
iy es tu nombre **MACARENA!**

***Deus meus, Deus meus ut quid dereliquisti meum* (Mateo, 27:46 y Marcos, 15:34)**

Te escucho viendo sufrir a tu Madre de los **Dolores** que llora por la Alcazaba oyéndote a Ti, **Santísimo Cristo de las Misericordias** con tu boca entreabierta y tu penetrante mirada que dices:

“Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”

Estás en el momento de tu muerte cruel y oigo de Ti esas palabras impresionantes, reveladoras, incluso de lucha interior, y te haces, a mis ojos, más semejante a mí, si cabe. También yo he sentido alguna vez esa imperiosa necesidad de gritar “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”

No sólo mueres clavado, desangrándote, con un sufrimiento inenarrable, sino que mueres abandonado y despreciado por todos, **Cristo del Desamparo y Abandono**. Las burlas y las carcajadas acompañan tu ejecución. Eres Dios mismo, pero te encarnaste en un cuerpo de hombre, como el mío, y estás sufriendo la mayor de las injusticias. No me molesta tu grito. Entiendo tu grito. Siento que expresa tu angustia profunda al tiempo que es una oración confiada.

Te agradezco tu grito, porque yo también he sentido el abandono de Dios en determinados momentos de mi corta historia. En momentos de sufrimiento intenso, Tú lo sabes, he llegado a tener la sensación de que se ha apagado el amor del Padre, que no ha

actuado como yo he creído que debería actuar. He llegado a preguntarme: ¿es que Dios continúa siendo Padre en mi dolor?

Viéndote así, tan hombre, te he comprendido desde mi visión de hombre. Ya te dije que sé lo que es el amor de madre y también sé lo que es el amor de padre. ¿Cuántas veces, en mi actitud juvenil, no he comprendido las decisiones de mi padre? Pues exactamente las mismas en las que he podido comprobar que esas decisiones sólo tenían como fundamento mi bien. Sé que mi padre me quiere con todas sus fuerzas y, a pesar de no entenderlo a veces, confío en él plenamente. Y así te veo a Ti. Gritando y confiando al mismo tiempo. Sintiendo en lo más profundo el *“hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo”*

Tú, que sufriste lo indecible, me invitas a acoger siempre la voluntad de Dios. Tengo que ser fuerte y generoso, especialmente cuando entra en juego la causa de Dios como valor absoluto de la vida. Fortaleza es el nombre del don que ha sostenido a los mártires y a los santos. De tantos sufridores -en el silencio o en el grito espeluznante- que lo han dado todo por el Señor. Que han asumido la causa de los demás. La angustia de tantos que han pasado pruebas difíciles y que han sabido esperar contra toda esperanza, como nos mostró el Santo Padre Damián de Molokai.

Como hombre eres débil igual que todos los hombres. Pero esa entrega y ese amor transforman la debilidad, nos llevan a la oración y, como Dios, te otorgan a Ti el **Gran Poder** del todopoderoso.

Cuando la luz se ha apagado,
cuando el ruido ya no está,
cuando la bulla ha callado
porque el Señor va a pasar
en la plaza del Museo
Sevilla empieza a rezar.

Es la oración del silencio
mezclada con azahar.

Es la oración del silencio
que ya te sale a esperar.

Y suavemente apareces,
y suavemente te vas,

Y al pasar vas caminando
suavemente, y al andar,

tu túnica nazarena
se mueve en tu caminar.

Se mueve de tal manera
que nadie puede pensar

que no es un hombre cansado

el que sobre el paso va.

Los pies de tus costaleros
que suenan al rachear
son tus pies bajo la cruz
descalzos en tu pesar

Pero tu cansancio es vida,
tu cara serenidad,
tus manos son poderosas
y hay amor en tu mirar.

Porque tu fatiga es fuerza,
tu dolor es potestad.
Lo doblado de tu talle
es firmeza en realidad.
Sevilla te sabe fuerte
y en ti ¡ay! se apoyará
para aliviar sus dolores
cuando ya te ve pasar.

A Ti te estaba esperando
a Ti te esperaba ver
y ahora te estamos viendo
andar en tu padecer.
La noche ya está acabando,
se acerca el amanecer.
Sevilla le está rezando
al **Señor del Gran Poder!**

Sitio (Juan, 19:28)

También hablas en los barrios.

Voy a buscarte ahora a la Sevilla extramuros y te encuentro frente a la casa de los que continúan la labor de aquél portugués-español que en el siglo XVI fundó su Orden Hospitalaria. Te encuentro frente a San Juan de Dios y allí te oigo:

“Tengo sed”

Santísimo Cristo de la Sed. Se te ha quedado una espina clavada en tu ceja derecha, veo tus ojos implorantes y percibo en tus labios la sensación casi palpable de sequedad en tu boca.

Cierro los ojos y, horrorizado, veo lo que pasa a continuación: *“Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca”*(Jn 19, 28-29).

Has perdido mucha sangre. Tienes la garganta reseca, la lengua se te pega al paladar y sientes sed. ¡Y te dan... vinagre!

¿No hubiera sido más humano que alguien te hubiera dado de beber agua fresca? ¿Tan difícil resultaba esa pequeña concesión?

Déjame, Señor, que me coloque en esa escena, en medio de la gente que allí estaba. ¿Cuál sería mi respuesta a tu grito? Sería muy fácil responderme a esta pregunta convencido de que aprovecharía la escalera que utiliza el pabilero para encender tus velones, y

sustituiría el pabulo por un vaso lleno de agua fresca del cántaro del aguador y lo pondría en tu boca agonizante. Es fácil la respuesta. Sí.

Pero ¿y si en vez de encontrarme en el Gólgota la escena se desarrolla en mi día a día? ¿Soy capaz de escuchar ese “tengo sed”? ¿Identifico a quien grita? ¿Cuál es mi respuesta ahora?

Me muevo en una sociedad llena de “sedientos”.

En la Universidad tengo a muchos compañeros hartos de materialismo pero sedientos de interioridad, hartos de individualismo pero sedientos de verdadero amor, hartos de placeres perecederos pero sedientos de auténtica dicha, hartos de falsedades y sedientos de verdad. ¿Soy capaz de calmarles su sed? ¿Es para ellos mi ejemplo, mi amistad, mi compañía, fuente de auténtica agua viva? Tú y yo sabemos que no siempre es así.

Me muevo en una ciudad con muchos pobres “sedientos” de verdaderas necesidades básicas. Con muchos inmigrantes “sedientos” de una sincera acogida. Con muchas personas solas “sedientas” de compañía. Con muchos enfermos “sedientos” de consuelo.

Todos ellos están diciéndome “¡Tengo sed!”

Es fácil mi respuesta al pie de tu cruz, pero no es tan fácil al pie de la cruz de los desfavorecidos a los que tanto amas. Y lo peor es que sé que la Tuya y las tuyas son la misma **VERACRUZ**. Me lo has dicho muy claramente: *“cuando con uno de mis humildes hermanos lo hacías, conmigo lo hacías”*.

Dame oídos, Señor, para escucharte en el grito silencioso de los “sedientos” que me rodean. Que te vea en todos y cada uno de mis

hermanos y especialmente en los más necesitados. Que venza la tentación de mirar hacia otro lado que es lo mismo que acercar el hisopo avinagrado a tu boca. Y que sea capaz de hacer constantemente el esfuerzo de coger mi escalera para subirme a esa Cruz llevando en mi alma, con mi forma de vivir, un manantial de agua clara.

Consummatum est (Juan, 19:30)

Sevilla, Sevilla toda, convertida en el Gólgota. Por el Gólgota sevillano me sigues hablando. Me llamas ahora a la plaza del Museo. Allí, Tú, vecino de las Inmaculadas de Murillo, de los cartujos de Zurbarán y de las sombras de Valdés Leal, delante de tu Madre Santísima de las Aguas, sales una vez más a mi encuentro. El golpe seco del pertiguero hace que los acólitos eleven los ciriales y la luz de los ciriales dirigen mis ojos hacia Ti. Sigues hablándome:

“Todo se ha cumplido”

Tú eres el hombre justo. El Justo por excelencia. Has cumplido fielmente la obra de Dios. No te has desviado lo más mínimo del camino de fidelidad al Padre. Naciste pobre en Belén, fuiste un muchacho emigrante, viviste una vida de familia sencilla, amaste a los tuyos intensamente, curaste enfermos, consolaste a los afligidos, le diste de comer a los hambrientos, enseñaste a pobres y a ricos, entraste en Jerusalén montado en una borriquita como rey pacífico y... mueres humillado en la cruz. Con una humillación que causa horror.

Allí, delante de ti apenas es posible sostener la mirada en tu rostro. Eres, **Cristo de la Expiración**, realmente el hombre. Todo es consecuencia de tu misión realizada con toda perfección.

Todo se ha cumplido. Todo ha sido como debía ser. El hombre justo ha sido llevado injustamente al suplicio. El hombre honesto ha

sufrido la más absurda condenación. El hombre bueno ha sido rabiosamente perseguido. Toda la bondad cuelga del madero de la cruz en la noche del Lunes Santo.

Y no hay en Ti violencia alguna.

La lucha ha cesado. No hay ni fuego del cielo ni ejércitos celestiales que confundan al enemigo. Sólo hay el fuego de tu Amor y el aguante firme de mis pecados y de los de todos.

“Todo se ha cumplido”

Todo se ha acabado.

Pero ya no hay nada que no tenga sentido. Todo tiene ahora una dirección y un significado.

Tu muerte, Señor, siempre desconcierta. Nos desconcierta. Fíjate si no en lo que les sucedió a tus primeros apóstoles. Pero el desconcierto nos lleva a conocer el verdadero amor. El amor que es cumplimiento en el darse.

Tu Madre, que se dio por entero, que sufrió contigo desde el inicio de tu Pasión, tiene motivo para la tristeza. Te vio cargar con la Cruz, te vio indefenso, te vio caer, te vio levantarte, te vio colgado de la cruz y te vio morir.

Sevilla tiene que alegrarla. La espera en el Altozano y, sabiendo que nos tiene amarrados con su amor por ti y por nosotros, compartiendo con Ella la esperanza en tu resurrección, Sevilla tiene que alegrarla.

La capilla del Carmen, sobre el puente,
dice adiós a tu paso marinero
y Sevilla te espera con esmero
abriéndote sus calles dulcemente

Señora, porque Tú eres diferente.
Eres Luz que da luz como un lucero
eres ancla que amarra por entero
el amor de Sevilla y de su gente

Tu Hijo se ha caído ya tres veces.
La rosa que en tu mano se desgrana
representa el dolor que te entristece.

Pero no estés Tú triste que mañana
¡y guapa y guapa! te dirán mil veces
y serás, ¡ **la Esperanza de Triana!**

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum (Lucas, 23:46)

Y en ese puente de Triana, el Viernes Santo, no solo escucho tu voz una vez más, **CACHORRO**, es que ioigo hasta tu aliento!:

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”

Siempre en contacto con el Padre, mueres abandonándote a sus manos. Tú, siempre Hijo, entregas tu vida como tal. Momento impresionante, el de tu muerte, por Triana, camino de Sevilla, Señor, pero también instante sereno y bienaventurado. Una muerte que es, en último término, dulce hermana del hombre. Presagio del triunfo del que ha vivido como justo. Muerte que es sólo un paso -una Pascua- hacia el Padre. Tú, que habías venido de lo alto, a lo alto retornas. Nos enseñas que nuestra muerte es así: un retorno al que es nuestro origen, nuestro Creador y Redentor.

Tú, el Hijo de Dios mueres con confiada serenidad. No es la impotencia del que ya está extenuado. Es la plegaria del que sabe que Dios es el Amor. Y que el Amor -en mayúsculas- es digno de toda confianza. Una apuesta absoluta. Una apuesta que merece la pena. Porque es la verdad más auténtica.

Veo tu muerte, Señor, y siento como una mezcla de gozo y fuerza. Tu Padre se nos revela como nuestro Padre. Y nos sentimos con ganas de vivir dignamente para poder tener una muerte digna. A pesar de nuestra pequeñez y de nuestros pecados, el Padre nos abre

sus brazos. Sabemos que nos espera una vida en plenitud, eterna. Y que la salvación está ligada a ese amor misericordioso de Dios que nos llevará a realizar, en nuestras vidas, buenas obras que dignifiquen nuestro mundo.

Contigo, que caminaste desde el Portal de Belén del Palquillo del Ayuntamiento hasta la Gloria del cielo sevillano, pasando por el Calvario que levantaron nuestras miserias, también nosotros queremos caminar por los caminos de nuestra vida con el corazón puesto en el Padre del cielo y con un amor eficaz para los hermanos.

Te contemplo, Jesús. Tu cuerpo desnudo y el alma vacía. Rechazado por todos. Solo, muy solo. Pero Tú eres el Cristo de la confianza. Porque Dios es tu roca inquebrantable que te sostenía. Te entregas plenamente. Toda tu sangre se ha derramado. Tras recibir la postrera **Lanzada**, ya solo agua brota de tu costado en la Iglesia de San Martín. Es el **Buen Fin** que nos comunica allí tu Santa Madre.

Ahora aparece, como nunca, tu grandeza. Tu muerte, tu Buena Muerte, es completa y tu sacrificio perfecto. Desde ahora, morir será compartir tu muerte. Tener parte en el misterio redentor que salva a todos los que abren el corazón a la misericordia de Dios.

Tu vida y tu muerte revelan tu confianza total en el Padre del cielo.

Tú que siempre fuiste el Hijo y viviste como tal, Tú que pusiste a los pequeños como modelo de su seguimiento, nos dejas la lección de lo que es ser hijo: confiar plenamente en las buenas manos del Padre. Y nos pides que vivamos como hijos que confían en Dios también cuando las cosas no salen como nosotros querríamos.

Es momento para estar, como nos indica la franciscana Hermandad de la **Soledad de San Buenaventura**: “*todos, junto a la Madre, bajo la Cruz*” y acompañando la mirada elevada de **Madre de Dios de la Palma** otear ese Cielo que es promesa de vida eterna

Ya estás muerto, Señor, ya terminó

tu largo sacrificio voluntario.

Déjanos, Señor, ser el sudario

que tu cuerpo sagrado al fin cubrió

Ser **Sagrada Mortaja**, ser Sagrario,

ser el beso que a tu Madre le alivió

la **Quinta Angustia** que le martirizó

al bajar tu santo cuerpo en el Calvario.

Pedimos ser los cirios, ser el palio,

pedimos ser guion, ser estandarte,

para seguir así tu itinerario.

Ser discípulos tuyos, adorarte,

pedirte que los universitarios,

contigo, confiemos en el Padre.

ORACIÓN FINAL

Así me hablas y así te escucho en la Semana Santa de mi Sevilla.

¿Ves, estudiante?

No vivimos una ficción.

La luz de Sevilla, su alegría, su primavera, sus colores, sus olores, sus sonidos, nos muestran una verdad que, si bien es cierto que se asienta en una antigua tradición, no por eso deja de ser más cierta.

En esa Sevilla alegre que viste sus mejores galas, Cristo Crucificado nos ha hablado muy personalmente a todos y cada uno de nosotros. Por cada uno de nosotros ha padecido y ha muerto. Pero su misión no ha terminado. No ha dejado de hablar. Sigue hablando

Ahora, con su Buena Muerte, nos dice que podemos confiar plenamente en Dios Padre y que nuestra confianza no se verá nunca defraudada.

Ya en las postrimerías de esta bendita Semana , el sábado, se produce otro nuevo milagro en Sevilla: sin fisuras, todas las Hermandades se unen para acompañarlo en su Santo Entierro, Sevilla toda se une en San Lorenzo, a María Santísima en su Soledad bajo la Cruz vacía, alumbrada por esos candelabros generosos que vencen a la oscuridad de la tristeza.

Ese final de su Pasión, ese “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, es la gran fuente de esperanza para todos.

Ese espíritu que encomienda a su Padre volverá a nosotros y lo celebraremos en la Catedral, en la Vigilia de Pentecostés. Recibiremos el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo. Ahora se va. Pero no nos dejará huérfanos: vendrá el Espíritu Santo a asegurarnos que seguirte, Señor, vale la pena. Que eres Tú quien tiene la razón, no los que te condenaron.

Ese Espíritu es el que, en la duda, nos da certeza, en las dificultades nos fortalece, en la fatiga es reposo y es consuelo en la tristeza. Es el Espíritu Santo la fuerza de los mártires y de los Santos. Es nuestra fuerza. Es mi fuerza. Lo hemos recibido en el Bautismo y en la Confirmación. El Espíritu nos asiste y nos guía.

Es el Espíritu Santo el que nos permite decir en la celebración de la Eucaristía que “anunciamos tu muerte” pero, firmemente “proclamamos tu resurrección”.

Es ese Espíritu Santo el que me ha permitido, venciendo mis muchas limitaciones, estar hoy aquí en este Paraninfo Universitario para decirte a Ti, Jesús Crucificado, delante de mis hermanos estudiantes, que eres el Salvador del mundo, el Rey del Universo y, lo que para mí es más importante... mi Amigo verdadero.

Dejadme amigos cofrades
que finalice el pregón
dirigiéndome a ese Amigo,
terminando mi oración:

Cristo de los Estudiantes
¡Quiero estar siempre a tu lado!

Ante tu imagen serena
quiero que me veas postrado
mirando tu dulce cara.

Sintiendo que soy amado
por ese hombre perfecto
que sangra por su costado
después de entregar su vida
para borrar mis pecados.

Saldré contigo a la calle
para seguir tu camino.

Vestido de nazareno,
y con mi cirio encendido,
iré delante del Paso

con el paso decidido.
Decidido a ser tu amigo,
decidido a no fallarte.
Decidido a estar contigo.
Decidido, un estudiante
que comparte con sus libros
la necesidad de amarte
y ser de tu amor testigo
un año más, otro martes.
Quiero que Sevilla vea
el amor que tú me das.
Te quiero pedir la fuerza
que pueda necesitar
para no tener pereza,
para derrochar bondad,
para anunciar tu palabra,
para a todos ayudar.
Para cumplir mis deberes
contigo y con los demás.
Cuando por Sevilla andemos,
juntos, con nuestra Hermandad,

yo con el cirio encendido,
Tú con lento caminar,
quiero que Sevilla sepa
que Tú siempre vivirás
aunque clavado en la Cruz
te vea procesionar.

Porque a la muerte has vencido,
la muerte no volverá.
Contigo ya todo es vida
ya todo es eternidad.
Por eso tu muerte es buena
¡Tú nos resucitarás!

Ayúdame, Jesucristo,
a tu Santa Madre amar,
Angustia que ya es mi madre
como dijiste a San Juan.

Yo quiero seguir tu ejemplo.
Tu enseñanza es una suerte.

Mi alegría es la esperanza
de cerca siempre tenerte
para que nunca permitas
que yo pudiera ofenderte.
No quiero vivir dormido.

Quiero que mi alma despierte

No quiero vivir vacío
Quiero en mi vida meterte
y que así mi vida cambie
después de reconocerte
clavado en ese madero,
viéndote ya tan inerte,
como el Hijo de Dios vivo
y como Dios acogerte.

Quiero ser un hombre honesto
para poder responderte.

Quiero ser un hombre fiel,
para poder merecerte.

Quiero ser un hombre bueno.

quiero ser un hombre fuerte.

Quiero que seas mi modelo

¡Cristo de la Buena Muerte!

Amen